

La Imaginación Herida

Josefa Ruiz-Tagle

A LA AGRUPACIÓN DE FAMILIARES DE EJECUTADOS POLÍTICOS

Cumplí 26 años, la edad que tenía mi papá, Eugenio, al morir en el verano de 1999 en el balneario de Calafquén. Mi hijo Lucas tenía entonces cuatro meses y a mis días prácticamente los llenaban las tareas de la lactancia y el juego. El tiempo que me quedaba lo usé para pensar y tomar notas sobre el impacto que tuvo en mi vida y la de mi familia la violencia en la historia reciente de nuestro país. En un principio, hice este ejercicio pensando en entregar el resultado a mis compañeros de universidad en el Diplomado de Crítica Cultural de la Universidad Arcis. Sin embargo, la autorreferencia nunca ha sido bien vista en los ambientes académicos y el mismo pudor del que trata el texto fue más grande de lo sospechado: no sólo no lo mostré ahí sino que no se lo mostré a nadie ni lo saqué del disco duro de mi computador durante casi dos años hasta que hace algunos días decidí que fuera leído en el contexto de un homenaje a mi papá organizado por quienes fueron sus amigos. Desde ese verano las cosas han cambiado un poco. La detención de

Pinochet en Londres gatilló una avalancha de querellas en los tribunales chilenos y la adopción de una fórmula en los medios de comunicación para tratar «el tema de los derechos humanos». El silencio del que trata este texto ya no es el mismo, es otro.

1.

Escribo sobre lo único que tengo ganas de escribir en una época de retraimiento a lo privado. Es una suma de historias personales, lamentos, percepciones sociales y citas culturales. Escribo sobre el pensamiento doloroso, el pudor del dolor y el silencio. Sobre la inadecuación y la desadaptación.

Al escribir rescato la invitación a nombrar «lo que pasó» -y sus réplicas-, a buscar un lenguaje para expresar una realidad solitaria e irreductible, pero que concierne al mundo público.

2.

La memoria es el recuerdo de algo. La facultad de recordar y la práctica de ha-

cerlo. La experiencia de la imaginación herida tiene su raíz en el pasado, pero no enfrenta el «ahora» del recuerdo con el «antes» del objeto recordado. Es un caudal de pensamiento sujeto a la metamorfosis y a las inclemencias del tiempo. Circular, desaparece en las manos del olvido, para reaparecer siempre como un virus, cuando bajan las defensas del organismo. Como un trauma, se origina en el pasado y se alimenta de las heridas del presente.

3.

Hay quienes pensaron que al dejar de nombrar la realidad de la violencia ésta dejaría de existir y no repercutiría con su golpe sobre mi mente y mi cuerpo de niña. Pero no sólo al ser nombrada se hace efectiva la violencia, también existe en la omisión, el eufemismo y la mentira. Multiplica su potencial destructivo al dejar que el cuerpo sufra toda la sintomatología negándole a la mente un diagnóstico.

4.

La violencia de los colegios, que enseñan la historia de Chile saltándose olímpicamente la de los últimos treinta años.

La violencia de los medios de comunicación, que degradan lo terrible al hacer equivaler el nuevo hallazgo en el descubrimiento de cuerpos de detenidos desaparecidos con el gol de la jornada, pasando en voz de Cecilia Serrano «a un

tema más alegre». Porque nadie quiere que nos vayamos a dormir asustados.

5.

No crecí en un medio de izquierda ni en absoluto ideologizado. En el colegio donde estudié, lleno de pequeños momiecillos, podía percibir que mi familia era diferente a lo que a mí me parecían «todas» las demás familias, por estar marcada por la persecución y la muerte.

Había que mentir por recomendación de mis mayores. El mundo era peligroso y lo que había ocurrido podía volver a ocurrir. Mis compañeros de curso, de seis o siete años, ya eran posibles espías de los asesinos de mi padre que siempre estarían observando. No hablar, esa era la norma.

6.

La desadaptación no era un problema de la conducta, racionamiento típico de la sicología educacional, sino un problema de la conciencia. La escuela no ayudaba a entender un mundo de monstruos.

7.

En la última Feria del Libro se presentó el documental de Silvio Caiozzi «Fernando ha Vuelto» sobre el reconocimiento de uno de los cadáveres encontrados en el patio 29. Cada uno de los cerca de 200 espectadores vive la experiencia de

retraerse del espacio público -copia feliz de la transición: banalizador del intelecto y celebratorio del mercado- que es la Feria del Libro y se adentra, a través de la narración -patética- de la historia de Fernando, en la propia relación dolorosa que cada uno tiene con la represión. Experiencia amparada por la oscuridad de la sala, la calidad de espectadores, la pretendida soledad de cada uno frente a la pantalla. Cuando la película acaba todos estamos llorando. Por Fernando, por su madre, su mujer y su hijo. Por el país y la historia que nos ha tocado vivir. Por nosotros mismos.

Cuando se encienden las luces nos apuramos en limpiarnos las lágrimas y guardamos silencio. Espiamos de reojo la reacción de los demás y escondemos la propia. En lo que demoramos en recuperar el habla pensamos que no tenemos palabras, no tenemos discurso que nos salve del silencio. No sabemos qué decir. Sólo porque hay que decir algo decimos «terrible», «espeluznante», como ha sido durante años nuestra propia imaginación.

El silencio va haciendo de a poco el efecto deseado. Nos maquilla el rostro, preparándonos para salir de la sala y regresar a la fiesta de la Estación Mapocho.

Preferimos no hablar, es cierto, pero tampoco sabemos cómo. Nos sentimos identificados con la madre de Fernando, esa mujer a la que de pena le dio hemiplejía y perdió la capacidad de hacerse entender.

8.

El silencio, que cubre como un manto la violencia de nuestra historia, es en parte como dice Nelly Richard «una resistencia a la ley que nos obliga a la articulación fonética del sentido». Es también una resistencia al destino fatal de la palabra en el mercado: convertirse en «una verdad entre otras». Pero es además producto del pudor y del bloqueo, de la incapacidad para nombrar y de la introyección de una norma muda. La falta de lugar para el recuerdo es el resultado de un proceso de retroalimentación del silencio entre los espacios públicos y privados.

9.

Así mismo como la violencia, según Francesca Lombardo «desmantela toda idea de orden, de medida y (...) hace por lo tanto toda relación improporcional», la imaginación de la violencia está desprovista de la posibilidad de verse reflejada de manera simple en el lenguaje. Incomensurable, se convierte en autista al chocar con las barreras que la cultura le impone a la expresión y de ella también es imposible «rendir cuenta».

10.

El silencio se vuelve aún más patético al conocer su fatalidad: ser interrumpido apenas por pequeños lapsus que no serán más que nuevo material para el ol-

vido. Esto sucede, por ejemplo, cuando la palabra, que supone un enorme esfuerzo emocional, no encuentra respuesta alguna y la voz, aún temblorosa, tiene como destino nuevamente el silencio, esta vez del medio social.

11.

A los 12 años me fui enterando, a través de una serie de documentos, de cómo había muerto mi papá. Documentos literalmente escondidos en la casa de mi abuela, encontrados por mí como ayudada por un radar. Aún hoy me impresiona que se me haya ocurrido buscar en un marco detrás de una foto, donde aparecía yo de dos años bañándome en la tina. Como si detrás de mi mirada angélica tuviera que esconderse algo terrible.

Le faltaba un ojo. Le habían arrancado la nariz. Tenía profundas quemaduras en la cara. Tenía el cuello quebrado. Tajos y heridas de bala. Los huesos quebrados en mil pedazos. Le habían arrancado las uñas de las manos y los pies. Y le habían dicho que me iban a matar a mí y a mi mamá.

Frases que leídas con resistencia y horror quedaron tatuadas en mi mente. Con gran esfuerzo, logré silenciar su repetición insistente en el pensamiento. Para poder disfrutar de la vida cotidiana tuve que bloquear el recuerdo. Este silencio intrapersonal se proyectaba sobre las relaciones interpersonales: no le dije nada a nadie hasta muchos años después y aún hoy las he repetido pocas veces.

12.

El conocimiento de la tortura me dio una lección sobre el corazón humano que me acompañará para siempre.

13.

No existe, en el caso de la memoria de la violencia, una guerra por la palabra y el sentido. Más bien funciona como una tiranía del sentido. Una voz única que se levanta -la del consenso- sobre un área devastada por la violencia. Su éxito, y oportunismo, consiste en haber surgido antes de la recuperación de la voz de los sectores sociales resentidos, y haber convertido en inaudibles sus tenues intentos por hablar, subiendo el volumen de sus jingles.

14.

Existe una retroalimentación continua entre el silencio como requerimiento del consenso y parte constitutiva del pacto en el que se funda nuestra democracia y el olvido, como forma defensiva de bloqueo mental para intentar, con o sin éxito, evitar el dolor y la imaginación mórbida.

En el silencio y el olvido existe siempre el riesgo de que la aparición desprevenida del duelo nos enfrente con los otros y con nosotros mismos con una nueva brutalidad. Que hayan pedrazos, golpes, suicidios y asesinatos. Que vuelvan toda la pena y la rabia como si no hayan estado

haciendo otra cosa que crecer en algún lugar del inconsciente.

15.

Sueño que caminamos mi abuela, mi bisabuela y yo, vestidas de luto, por el desierto de atacama. El sol sobre nuestras cabezas nos hace arrastrar los pies de agotamiento. Tras nosotros va un robot al que no le cuesta caminar porque tiene ruedas, sonriendo.

16.

El duelo se arrastra a través del tiempo, inmodificado, casi estático, sin más que pequeñas variaciones de intensidad. No es algo que haya pasado (en mi caso y el de muchos de mi generación), es algo que pasa, pasa en nuestras mentes y en nuestras familias, nos convierte en desadaptados entre desadaptados, en fingidores, en el mejor de los casos, en termitas en la pata de la silla del obispo.

17.

«Es parte de las culturas humanas saber manejar simbólicamente la muerte. De lo contrario la muerte sería eterna, inolvidable, se reproduciría en los parientes; cada muerte asesinaría todo el entorno (...)»

José Bengoa, Carta Abierta a Eduardo Frei Ruiz-Tagle

Mi abuela viste de luto hace 26 años. Prometió terminar con el luto cuando acabara la dictadura, pero no lo hizo. El duelo no ha acabado y el negro, signo silencioso, viene a ocupar el lugar dejado por la palabra.

18.

Que haya sido una maquinaria extranjera la que logró el fin de la omisión sistemática de los medios de comunicación chilenos sobre la relación entre Dictadura Militar y degeneramiento moral y político es, en parte, sintomático de la proyección del silencio intra e interpersonal sobre el espacio público en forma de desmovilización.

19.

Mi abuela me contó que las mujeres que recibieron su testimonio en la Comisión Rettig, le dijeron que ella y mi mamá eran las primeras personas entrevistadas que no lloraban al contar su historia. Mi abuela estaba orgullosa de haber podido guardar la compostura en el dolor, de nunca haber llorado en público. Su conciencia «aristocrática» consideraba vergonzosas las demostraciones públicas de afecto y eso me fue transmitido. Si no podía llorar, era mejor no hablar del todo, porque una cosa podría llevar a la otra y quedaría expuesta a la impudicia.

20.

-Tú eres hija de Brunner. ¿Por qué entonces tu apellido?

Con seriedad en el rostro y una mirada que siempre debe caer en los ojos del interlocutor:

-Porque mi papá murió poco después de que yo nací. Brunner es mi papá adoptivo.

-¿De qué murió?

-Lo asesinaron los militares.

Este pequeño diálogo, que he repetido un centenar de veces, ilustra cómo me veo obligada a comunicar una información para mi terrible a cualquiera que se le ocurra preguntar.

21.

Estando obligada a interrumpir con mi información de lo terrible la ligereza de ánimo de las conversaciones post-dictatoriales, me resiento, odio la ligereza, le doy una nueva vuelta de tuerca a mi proceso de desadaptación.

22.

Ahora mismo, mientras escribo debo hacer un enorme esfuerzo para vencer el pudor. Qué sentimentales y obvios parecen mis lamentos.

Sin embargo, a pesar de no sentir «la culpa de olvidar» de la que habla

Moulian, simplemente porque no es posible olvidar, me siento, como se ha visto, cómplice del silencio. Si parece este un lugar inadecuado, presento mis motivos para pensar que no lo es tanto: ningún lugar es adecuado. La inadecuación es un elemento central de mi relato.

23.

Me contaron cuando niña que mi papá había muerto fusilado. El certificado de defunción corcheteado a la libreta de familia decía así: muerte por impacto de bala.

En el fusilamiento que inventó mi familia, o en el que yo misma inventé según mi imaginación de «Tardes de Cine», un pelotón de soldados disparaba al unísono sobre un hombre con los ojos vendados. Este acto hacía que todos se sintieran inocentes pues nunca sabrían si había sido su bala la que había dado muerte al hombre. Así también en mi mente era el sistema el que se dejaba caer sobre mi padre; eran hombres sin rostro, que de a uno eran inocentes y que sólo sumados se volvían asesinos, los que lo habían matado.

Cuando me enteré de los detalles de su larga agonía durante su detención en la Base Aérea de Cerro Moreno y en la Cárcel de Antofagasta, tuve que ocupar toda mi imaginación para lograr representarla (no había un símil en «Tardes de Cine»). Imaginé, y lo sigo haciendo, esas sesiones de tortura y todos los posibles rostros de sus torturadores y asesinos.

24.

Los dogmas cristianos sirven para explicarse la brutalidad con la que actuaron torturadores y asesinos: si el diablo existe, ellos son sus hijos y si el alma existe, ellos no la tienen. Pero para el pensamiento laico la realidad es menos fabulosa y más terrible, no hay un Dios a quién culpar, a quién acusar de irresponsable. La brutalidad no es más que un producto de la cultura y la naturaleza, una posibilidad ofrecida por la condición humana.

25.

Me veo a los siete u ocho años leer una revista en la que describen cómo a una mujer detenida por la DINA le introdujeron ratas vivas en la vagina. Me veo dando vuelta páginas y páginas de declaraciones de tortura. Me sudan las manos y siento cómo me sube la sangre a la cabeza. Ya no quiero leer lo que he escrito aquí, ni siquiera para corregir la ortografía. Sueño

que bombardean el Arcis y se me abre la herida de la cesárea. No le hablo a nadie de lo que escribo y dudo de mi capacidad de mostrarlo alguna vez.

26.

Cuando nació mi hijo supe que él heredaría esta historia de violencia. Me puse a llorar porque supe cómo mi abuela había querido a mi padre y cómo mi padre me había querido a mí. Cómo cada uno desea poder proteger a sus hijos del sufrimiento y la brutalidad. Y como, de forma más o menos radical, todos fracasaremos.

Algún día mi hijo Lucas llorará por su abuelo que murió a los 26 años, sentirá rabia, tomará partido y hará imposible la reconciliación de nuestra sociedad.

Los hijos y los nietos de los asesinos y sus amigos heredarán argumentos que justifiquen los crímenes y nuestros hijos heredarán la imaginación herida.

INDICE

TRANSICIÓN Y DEMOCRACIA	5
EL LARGO VERANO DEL 2001	6
Manuel Riesco	
PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS DE LA SOCIOLOGÍA DEL AUTORITARISMO. (LOS ENCLAVES AUTORITARIOS Y LOS LÍMITES DE LO POLÍTICO)	22
Mauro Salazar	
LA DEMOCRACIA CHILENA: CUATRO TESIS	44
Grinor Rojo	
LA CONSTITUCIÓN POLÍTICA DE 1980 Y EL DERECHO A LA JUSTICIA	50
Alfonso Insunza	
REFLEXIÓN HISTÓRICA	55
LA DERECHA COMO CONSERVADORA REVOLUCIONARIA	56
Luis Corvalán Márquez	
RELEYENDO A SALVADOR ALLENDE	80
Jaime Massardo	
ECONOMÍA Y SOCIEDAD	91
ESTADOS UNIDOS EN RECESIÓN	92
Hugo Fazio	
EL FORO SOCIAL MUNDIAL DE PORTO ALEGRE: LA FUERZA DE ESTAR JUNTOS	112
Marta Harnecker	
DERECHOS HUMANOS Y MEMORIA	119
LA IMAGINACIÓN HERIDA	120
Josefa Ruiz-Tagle	
EL REGRESO DE HORACIO CEPEDA. EL ÚLTIMO GESTO DE AMOR PARA SU FAMILIA Y SU PATRIA	128
Antonia Cepeda Antoine	
SALVADOR ALLENDE	132
José Bono	
CARTA DE UN ACADÉMICO	134
Felipe Agüero	
LAS COSAS POR SU NOMBRE	136
Carlos Molina	

ENCUENTRO

COMITE DE REDACCION

CLODOMIRO ALMEYDA †
JORGE ARRATE
MANUEL CABIESES
JAIME CAVADA
JACQUES CHONCHOL
HUGO FAZIO
MANUEL GAHONA
CARMEN HERTZ
TOMAS HIRSH
NELSON GUTIERREZ

CAROLINA ROSSETI
JAIME INZUNZA
SARA LARRAIN
TOMAS MOULIAN
RAQUEL OLEA
KEMY OYARZUN
MARISOL PRADO
FRANCISCO RIVAS
JOSE SANFUENTES
SOLEDAD BIANCHI

DIRECTOR

MANUEL RIESCO

EDITORES

MARIA E. HORVITZ
CARLOS ZUÑIGA

CO-EDITORES

PATRICIO QUIROGA
CARLOS MOLINA

PATRICIO RIVAS

PRODUCTOR GENERAL

CARLOS GUTIERREZ

GERENTE

HARRY ABRAHAMS

COMITE EDITORIAL INTERNACIONAL

ROBIN BLACKBURN
ERIC HOBSBAWM
ATILIO BORON
JULIO CARRANZA
ELVIRA CONCEIROS
OSVALDO FERNANDEZ
RINA GIGLIARDI
PABLO GONZALEZ CASANOVA
MARTA HARNECKER
NARCISO ISA CONDE
ROBERTO KOHANOF
MICHAEL LOWY
RUY MAURICIO MARINI †
ARNOLDO MARTINEZ
ANTONIO MELIS
MANUEL MONEREO
PHILIP OXHORN
ANIBAL QUIJANO
ADAM SCHECH
EMIR SADER
GÖRAN THERBORN
JUAN VALDES

REINO UNIDO
REINO UNIDO
ARGENTINA
CUBA
MEXICO
FRANCIA
ITALIA
MEXICO
CUBA
REP. DOMINICANA
ARGENTINA
FRANCIA
BRASIL
MEXICO
ITALIA
ESPAÑA
CANADA
PERU
ESTADOS UNIDOS
BRASIL
SUECIA
CUBA

DIRECCION

CASILLA 246-12 Santiago - Fono: 277 5555
Sitio web: <http://www.geocities.com/~encuentroxxi>

FOTO PORTADA

Jorge Ramos

CONSEJO EDITORIAL

TATIANA AGUAYO	JACQUES CHONCHOL	HUGO GUTIERREZ	CARLOS MARGOTTA	CECILIA OTEIZA	ANTONIO ROMAN
CLODOMIRO ALMEYDA	SERGE DE LA FUENTE	NELSON GUTIERREZ	ALBERTO MARTINEZ	CECILIA OSTORNOL	ISABEL ROPERT
RAUL ALVAREZ	CARLOS DONOSO	NELIDA HERESI	ENRIQUE MARTINI	FERNANDO OSTORNOL	PEDRO SADA
ROBERTO BAEZA	HECTOR DUQUE	JAIME HERRERA	JORGE MARTINEZ	MARCIA OSTORNOL	ANGEL SALAS
DANILO BAHAMONDES	JAIME DURAN	CARMEN HERTZ	MARIO MATUS	ROBERTO OYARZO	ALICIA SALOMONE
PASCUALA BARRAZA	GALO EIDESLSTEIN	TOMAS HIRCSH	RAMON MENESES	KEMY OYARZUN	JOSE SANFUENTES
ANA BARRENECHEA	GLORIA ELGUETA	MARIA E. HORVITZ	ORIEL MICHELLE	ALVARO PALACIOS	MARCELA SANTIS
ADIL BERCOVICH	RAUL ESPINOZA	JAIME INZUNZA	VIVIANA MIRANDA	PATRICIO PALMA	JACOBO SCHATAN
ALICIA BASSO	FAUD FARAH	RODRIGO INZUNZA	HECTOR MIRANDA	JUAN PALOMO	NISSIN SHARIM
RICARDO BRAVO	HUGO FAZIO	MARIO INZUNZA	VICTOR HUGO	CELSA PARRAU	VICENTE SOTA
JUAN BUSTOS	JOSE FERES	ISABEL JARA	MIRANDA	MARTIN PASCUAL	PAULINA SOTO
LILIANA CASTILLO	HECTOR FERNANDEZ	LEONARDO JEFFS	CARLOS MOLINA	JORGE PAVEZ	DANIEL TROMBEN
MANUEL CABIESES	ROSITA FERRADA	SERGIO JIRON	RAFAEL MOLINA	TADEO PAVISICH	JOSE MIGUEL VARAS
ALBERTO CARVAJAL	GUILLERMO FERNANDEZ	JOSE JORQUERA	TIRSO MOLINA	CARLOS PEREZ	JAIME VALDES
JAIME CAVADA	AIDA FIGUEROA	GASPAR KUSAR	GUILLERMO	FRANCISCA PEREZ	ANDRES VARELA
MANUEL CANTERO	CLAUDIO FONSECA	HECTOR KOYCK	MONTECINOS	RAMON PEREZ	ANGELICA VEGA
MARFA CERNA	CLAUDIO FRIEDMAN	EDUARDO LABARCA	JUAN PABLO MORENO	BRUNO PEZZUTO	PABLO VEGA
CLAUDIA CESPEDES	FRANKLIN FRIEDMAN	JUAN LASEN	TOMAS MOULIAN	PATRICIO QUIROGA	LAUTARO VIDELA
PATRICIO CID	TITA FRIEDMAN	MIGUEL LAWNER	VICENTE MUÑOZ	MARIANO REQUENA	HUGO VILLAR
CECILIA COLL	MANUEL GAHONA	ALEX LEIVA	MARIO NAVARRETE	MANUEL RIESCO	ALEX VOJKOVIC
MIRIA CONTRERAS	JORGE GAJARDO	BEATRIZ LIZANA	RAQUEL OLEA	NORA RIESENBERG	ALEJANDRO YAÑEZ
LUIS CORVALAN M.	TRISTAN GALVEZ	ANA LOBOS	ESTELA ORTIZ	EDITH RIVAS	AMERICA ZORRILLA
PATRICIO CHACON	SERGIO GONZALEZ	MANUEL LOYOLA	CARLOS OSSA	FRANCISCO RIVAS	RENE ZORRILLA
SERGIO CHAVEZ	CARLOS GUTIERREZ	DAVID MAC CONELL	VICTOR OSORIO	PATRICIO RIVAS	CARLOS ZUÑIGA

SUSCRÍBASE A ENCUENTRO XXI

Llene el siguiente formulario, para ser suscrito a la revista Encuentro XXI, por favor espere 8 a 9 semanas para que le llegue el primer número. Sírvese a mandar un cheque a nombre de Harry Abrahams (Casilla 246-12 Santiago, Chile).

PRECIOS

Item	En Chile	Fuera de Chile
Simple	\$15.000 pesos	US\$60 dolares
Cada Regalo	\$12.000 pesos	US\$55 dolares

SUSCRIBASE A ENCUENTRO XXI

Nombre: _____ Apellido: _____
Dirección: _____ Ciudad: _____
País: _____ Código Postal: _____
Teléfono: _____ E-Mail: _____

DESEA REGALAR UNA SUSCRIPCION

1. Si, deseo regalar una suscripción.
2. No, no deseo regalar una suscripción.

a :

Nombre: _____ Apellido: _____
Dirección: _____ Ciudad: _____
País: _____ Código Postal: _____
Teléfono: _____ E-Mail: _____

SUSCRÍBAME !!!

ENVIAR A FAX (562) 2260917